

madre. Durante algunos minutos, y á pesar de las prisas, la seccion hirvió en conjeturas.

— ¡Despachaos: esto es insoportable! — dijo Hutin á Favier, que acababa de llevar á su parroquiana á la caja. — Cuando está ahí esa señora no acabais... y ella se burla de vos.

— No tanto como yo de ella — respondió picado el dependiente.

Hutin le amenazó con denunciarle á la Direccion si no respetaba más á la clientela. Se habia vuelto terrible desde que la seccion se unió para que obtuviese la plaza de Robineau. Se mostraba tan insoportable despues de las promesas de compañerismo con que ántes agasajaba á sus colegas, que éstos, despechados, sostenian á Favier en contra suya.

— ¡No repliqueis! — repuso Hutin con sequedad; — señor Bouthemout, dadme *foulard* del dibujo más claro.

En medio de la seccion se veia una exposicion de sederías de verano, que la alegraban con luz como de aurora, como el orto de un astro que emitiese los matices de luz más delicados, rosa pálido, amarillo suave, azul límpido... toda la delicada gama del arco iris. Allí habia *foulards* finos como nieblás, *surahs* más ligeros que el plumon retenido en el árbol, y *pekines* satinados como la piel suave de las vírgenes chinas. Habia, ademá, pañuelos de espuma, sin contar nuestras sedas ligeras á pequeñas listas sembradas de flores: todos los dibujos de la fantasía que hacian soñar á las mujeres en paseos matinales durante las hermosas mañanas de Mayo bajo las grandes árboles de un parque.

— Tomaré este Luis XIV á ramitos — dijo al fin la señora Desforges.

Y mientras media Favier, hizo una última tentativa sobre Bouthemout, que estaba cerca.

— Voy á subir á las confecciones á ver si hay abrigos de viaje... ¿Es rubia la señorita de vuestra historia?

El jefe de seccion empezaba á inquietarse con su curiosidad, y se limitó á sonreír. En aquel instante pasaba Dionisia. Venía de conducir hasta Lienard, seccion de los merinos, á la señora Boutarel, aquella provinciana que iba á París dos veces al año y dejaba en *La Dicha de las Damas* lo que ahorraba en su casa. Favier habia cogido ya el *foulard* de la señora Desforges, pero Hutin le detuvo creyendo contrariarle.

— Es inútil; esta señorita tendrá la bondad de acompañarla.

Dionisia, turbada, se encargó del paquete y la nota de venta. No podia ver al jóven frente á frente sin avergonzarse, como reprochándose una falta antigua; pero sólo habia faltado en sueños. ¿Le habia amado realmente? No lo sabia; su corazon estaba cerrado y habia en él lucha que le impedía ver claro.

— Decidme — preguntó á Bouthemout la de Desforges en voz baja — ¿es ésta la jóven del cuento? ¿Ha vuelto á entrar? ¡Sí, ésta es la heroína de la aventura!

— Tal vez — respondió el jefe de seccion sonriendo y decidido á no decir la verdad.

La señora Desforges, precedida de Dionisia subió lentamente la escalera. Tenian que pararse á cada paso para no ser arrastradas por la gente que bajaba. En la vibracion de la casa entera temblaban los escalones bajo el peso de la multitud. Un maniquí sólidamente sujeto en cada peldaño vestia un traje inmóvil, paletós y batas, y parecian una doble fila de soldados en marcha triunfal, con su pequeño golpe de madera que parecia una puñalada dada en el rojo muleton que sangraba en el cuello.

La señora Desforges llegó al fin al primer piso y se detuvo un instante. Tenía á sus piés las secciones de la planta baja, aquel pueblo de compradores que acababa de atravesar. Era aquél un espectáculo nuevo, un monton de cabezas vistas desde arriba, ocultando los cuerpos y con el hervor de un hormiguero. Los carteles de tarifas eran menudos papeles; las pilas de cintería como que se aplastaban, y los muros de franelas cortaban la galería con una línea estrecha, mientras los tapices y las sedas bordadas cubrian los pasamanos, cayendo á sus piés como los paños del púlpito de una iglesia. Distinguía á lo léjos los ángulos de las galerías laterales como se distinguen las esquinas de las calles desde lo alto de un campanario, con los movibles puntos negros de los transeuntes. La sorprendió mucho aquella fatiga de los ojos ante aquella orgía de colores, y si los cerraba sentia el sordo ruido y el calor humano de aquella multitud. Fino polvo se elevaba del piso, cargado del olor de la mujer, del aroma de su camisa y su garganta, de sus enaguas y su cabello; olor penetrante y embriagador que parece el incienso de aquel templo elevado al culto de su cuerpo.

Entre tanto, Mouret, de pié en la puerta del salon de lectura en compañía de Vallagnosc, respiraba aquel perfume, embriagándose con él y diciendo:

— Están en su casa. Sé de muchas que se pasan aquí el dia co-

miendo pasteles y escribiendo cartas;... no me queda más que acostarlas.

Esta broma hizo sonreír á Pablo, quien en el aburrimiento de su pesimismo seguía hallando necio aquel afán de la humanidad por las chucherías. Cuando el encuentro de su antiguo discípulo, quedó casi humillado al verle tan exuberante de vida entre su pueblo de coquetas. ¿Era que ninguna de ellas, de cerebro y corazón vacíos, le enseñaba la inutilidad de la existencia? Precisamente aquel día parecía haber perdido Octavio su serenidad; él, que infundía la fiebre á sus parroquianas con la gracia tranquila de un operador, estaba como aprisionado por la apasionada crisis en que ardían los almaceces. Cuando vió á Dionisia y la señora Desforges subir la escalera grande, habló más alto y gesticuló sin quererlo, y afectando no verlas, se animaba más á medida que se acercaban. Su rostro se coloreaba, y había en sus ojos un poco de aquel brillo que fascinaba á las compradoras.

— Deben robarte mucho — murmuró Vallagnosc, que creía ver perfiles criminales en el gentío.

— Lo que no puedes imaginar — contestó Mouret abriendo los brazos.

Y nerviosamente, contento por tener motivo de hablar, le dió detalles infinitos, contando hechos y deduciendo clasificaciones. Primero citó las ladronas de profesion, las que ménos dañan, porque son conocidas de la policía. Venían despues las ladronas por manía, una perversion del deseo, una neurósis nueva que un alienista clasificaria haciendo constar el resultado de la fascinacion ejercida por los grandes almacenes. Había que poner aparte las mujeres encinta, cuyos robos eran singularísimos: en casa de una de ellas descubrió el comisario de policía doscientos cuarenta y ocho pares de guantes rosa, robados en todos los mostradores de París.

— Por eso tienen aquí las mujeres los ojos tan alegres — decía Vallagnosc. — ¡Las veo con sus caras golosas y avergonzadas de niños traviosos, y siento que ésta es una gran escuela de honradez!..

— Bueno es que estén en su casa — contestó Mouret — pero no que se lleven el género bajo el abrigo... Y lo hacen personas de distincion: la semana pasada detuvimos á la hermana de un farmacéutico y á la esposa de un magistrado, y ahora se trata de arreglar el asunto.

Se interrumpió para señalar al inspector Jouve, que vigilaba á una mujer embarazada en la seccion de cintas. La mujer, cuyo enorme vientre sufría mucho con los empujones del público, iba acompañada de un amigo, encargado, al parecer, de defenderla contra los golpes rudos. Jouve no la quitaba ojo cada vez que se paraba ante una seccion, mientras que el amigo, cerca de ella, atisbaba en el fondo de las cajas.

— Ya la pescaron — dijo Mouret. — Conoce todas sus mañas.

Su voz temblaba y rió falsamente. Dionisia y Enriqueta, á las que no había dejado de observar, pasaban por detras de él, despues de haber salido de las apreturas, no sin trabajo. Él se volvió bruscamente y saludó á su parroquiana con un saludo de amigo que no quiere comprometer á una mujer entre gente. Pero ella se fijó en la mirada con que Mouret envolvió á Dionisia. Aquella era sin duda la rival por la que había ido allí.

En las confecciones perdian la cabeza las oficiales, pues sobre estar enfermas dos de ellas, se había despedido tranquilamente el día anterior la señora Federica, y estaba en la caja arreglando su cuenta. Dejaba á *La Dicha* del modo que ésta se deshacía de sus empleados: de pronto. Desde aquella mañana, y en medio de la fiebre de la venta, no se hablaba de otra cosa. Clara, sostenida en la seccion por el capricho de Mouret, encontraba aquello muy *chic*. Margarita relataba la exasperacion de Bourdoncle, mientras la señora Aurelia, muy mortificada, decía que Federica debió haberla prevenido, y no usar semejante disimulo, aunque jamás había tenido confiancias con nadie. Se creía que dejaba las novedades para casarse con el dueño de un establecimiento de baños de cerca de los mercados.

— ¿Es un abrigo de viaje lo que quiere la señora? — dijo Dionisia á la señora Desforges ofreciéndola una silla.

— Sí — respondió aquella secamente y decidida á ser grosera.

La nueva instalacion de la seccion era rica y severa, con armarios altos de pino tallado, espejos altos como las paredes, y una moqueta roja que apágaba las pisadas. Mientras Dionisia buscaba los abrigos de viaje, la señora Desforges se vió en un espejo y se quedó contemplándose. ¿Tan vieja se hacía que se la engañaba con la primera muchachuela que llegaba? El espejo reflejaba toda la seccion, pero ella sólo veía su pálido rostro, y no oía siquiera detras de sí cómo contaba Clara á Margarita una de las pampinas misteriosas de la señora Federica, ó sea su paseo por mañana

y tarde sobre el pasaje Choiseul, para hacer creer que vivía entre la gente *comme il faut*.

— Hé aquí nuestros últimos modelos — dijo Dionisia. — Tenemos de varios colores.

Expuso cuatro ó cinco abrigos. La de Desforges los miró con desprecio, y se ponía más displicente á cada uno que examinaba. ¿Para qué aquellos frunces que estrechaban el traje? ¿Y aquel cargado de espaldas, que parecía cortado á hachazos? Bueno era viajar, pero no vestida como una garita.

— Enseñadme otra cosa, señorita.

Dionisia dobló los abrigos sin permitirse un gesto de mal humor. Aquella serenidad y paciencia irritaban más á la señora Desforges. Sus miradas se dirigían al espejo, y teniendo cerca á Dionisia se comparaba con ella. ¿Era posible que se prefiriera aquella insignificante criatura? Sí, se acordaba de que aquella muchacha era la que ya había visto hacia tiempo, haciendo tan estúpida figura cuando empezó en *La Dicha*, tan desgarbada como una aldeana que llega del pueblo. Ahora era un poco más esbelta y se tenía más derecha dentro de su vestido de seda; pero ¡qué raquítica siempre!

— Voy á enseñaros otros modelos — dijo tranquilamente Dionisia.

Cuando volvió se reprodujo la escena. Ahora era el paño muy pesado y no valía nada. La señora Desforges se volvía alzando la voz, á fin de llamar la atención de la señora Aurelia y que riñese á la joven. Pero ésta se había creado simpatías en la sección desde su vuelta; estaba como en su casa ahora, y la jefe la reconocía cualidades inestimables para la venta: obstinada dulzura y persuasión sonriente. Así, pues, la señora Aurelia se encogió de hombros y no intervino.

— Si la señora quiere indicarme el género... — preguntó de nuevo Dionisia con su inquebrantable amabilidad.

— ¡Pero si no teneis nada! — exclamó la señora Desforges.

Se calló al sentir una mano sobre su espalda. Era la señora Marty, que paseaba su fiebre de compras á través del almacén. Sus adquisiciones habían crecido de tal modo á partir de las corbatas, los guantes bordados y las sombrillas encarnadas, que el último dependiente se decidió á meterlo todo en una caja, por temor de que la rindiese el brazo, é iba detras con la caja, en la que había enaguas, servilletas, cortinas, una lámpara y tres alfombrillas.

— ¿Compris un abrigo de viaje?

— No — respondió la de Desforges; — son horribles.

Ya la señora Marty se había fijado en uno á rayas, que no la parecía del todo mal. Dionisia llamó á Margarita, que trajo un modelo del año pasado, y lo presentó como una ganga excepcional. Cuando juró que había bajado dos veces su precio, que de ciento cincuenta francos lo puso en ciento treinta, y que ahora se daba en ciento diez, la señora Marty se sintió sin fuerzas ante semejante baratura. Lo compró, y el dependiente que la acompañaba dejó la caja y el paquete de facturas junto al género.

Detras de aquellas damas y entre el movimiento de la venta, seguían las murmuraciones de la sección sobre la señora Federica.

— Pero... ¿tenía moros en la costa? — decía una oficiala nueva.

— ¡El de los baños, mujer! — respondió Clara. — Hay que desconfiar de esas viudas tan tranquilas.

Mientras Margarita hacía la factura del abrigo, volvió la de Marty la cabeza, y designando con disimulo á Clara, dijo muy bajito á la señora Desforges:

— ¡El caprichito del señor Mouret!

La otra miró con sorpresa á Clara, luego á Dionisia y contestó:

— No, la alta, no; la otra...

Y como no se atreviese á afirmar nada la de Marty, dijo la señora Desforges con voz llena de desprecio:

— La alta y la baja: todas las que él quiera.

Dionisia comprendió. Se puso muy pálida, y miró á aquella señora que la hería sin conocerla. Sin duda era aquella de quien se hablaba y á quien el principal amaba. En la mirada que cambiaron puso Dionisia una dignidad tan triste, tal franqueza é inocencia, que Enriqueta se avergonzó.

— Puesto que no teneis nada nuevo que enseñarme, llevadme á la sección de trajes — dijo bruscamente.

— Sí — exclamó la señora Marty — voy con vos. Quiero ver un traje para Valentina.

Margarita cogió la caja por el revés y la llevó vuelta. Dionisia sólo llevaba unos metros de *foulard* comprados por la señora Desforges. Era aquello un viaje, puesto que los trajes estaban en el segundo piso, al otro lado del almacén.

Comenzó la expedición á lo largo de las galerías. Primero iba Margarita, tirando de la caja como de un carrito y abriéndose

lentamente paso. Desde la seccion de lencería se quejaba la señora Desforges de que aquello era ridículo, murmurando de los bazares en que hay que andar dos leguas para poner la mano sobre el menor objeto. La de Marty decia que estaba muerta de fatiga, gozando con aquel mismo cansancio, con aquella muerte lenta de sus fuerzas en medio de la inagotable mina de las mercancías. El golpe de genio de Mouret la subyugaba, y se detenía ante cada seccion. Hizo el primer alto ante los equipos, seducida por las camisas que le habia vendido Paulina. Margarita se vió libre de la caja, que tomó á su vez Paulina. La señora Desforges pudo haber seguido para dejar más pronto libre á Dionisia; pero se sentía satisfecha teniéndola cerca, inmóvil y paciente, mientras ella se detenía aconsejando á su amiga. Ante los equipos de recién nacido, se extasiaron sin comprar nada. Comenzaron de nuevo los desfallecimientos de la de Marty: sucumbió primero ante un corsé de seda blanco, luego ante unos manguitos de piel, con rebaja á causa de la estacion, y por último, ante unas puntillas para guarnecer sábanas. Todo entró en la caja, que ya crujió, y sucesivamente iba costando á los dependientes más sudores, á medida que el peso aumentaba.

— Por aquí, señora — decia Dionisia suavemente despues de cada parada.

— Pero esto es estúpido — decia la señora Desforges; — no llegamos nunca. ¿Por qué no poner los vestidos cerca de las confecciones? Esto no es saber vender.

La de Marty, cuyos ojos se dilataban, extática ante aquel cúmulo de riquezas que pasaban ante ella, se abandonaba á su embriaguez de despilfarro, repitiendo á media voz:

— ¿Qué va á decir mi marido? Teneis razon: no hay orden en este almacén. Se pierde una y hace tonterías.

La caja pasó á duras penas por el descansillo central. Precisamente lo habia llenado Mouret con artículos de Paris en gran número: copas de zinc dorado, neceseres y estuches baratos para licor, viendo que allí no se arremolinaba la gente. Habia autorizado á uno de sus dependientes para que expusiese allí, sobre una mesita, ciertas curiosidades de China y el Japon, *bibelots* que los compradores se quitaban de las manos. Fué un éxito inesperado, y pensó desde luego en dar mayor impulso á aquella venta. La señora Marty compró, mientras dos mozos subian la caja al piso segundo, seis botones de marfil y una fosforera.

En el segundo piso continuó la caminata. Dionisia, que desde la mañana paseaba compradores, se caía de laxitud; pero seguía en pié con su cortés dulzura. Tuvo que esperar aún á aquellas señoras en las telas para tapicería, donde compró una cretona la de Marty. Luego compró en los muebles un costurero. Temblaban sus manos y rogaba á la de Desforges que la impidiera gastar tanto, cuando el encuentro de la señora de Guibal la sirvió de excusa.

En la seccion de alfombras acababa de devolver una compra de tapices de Oriente, hecha hacia cinco dias. Hablaba de pié con el dependiente, mozo alegre, cuyos brazos hercúleos manejaban de la mañana á la noche cargas capaces de rendir á un buey. Estaba consternado por aquella devolucion que le quitaba su tanto por ciento. Trataba de poner dificultades, olfateando alguna fea aventura, acaso un baile dado con los portiers de *La Dicha* y devueltos luego para no tener que alquilarlos á un mueblista: sabia que esto era frecuente en la económica clase media. Pero, en fin, la señora sabia la razon de la devolucion: acaso no le gustáran los dibujos ó los colores; pero le enseñaría otra cosa, porque tenia un surtido completo.

Á todas aquellas insinuaciones respondia tranquilamente la de Guibal, con su aire de reina, que los portiers no la gustaban, sin añadir nada. Rehusó ver más; hubo que ceder, porque los dependientes tenian orden de tomar el género aunque supiesen que habia servido.

Las tres señoras se alejaron juntas, y como la de Marty sintiese escrúpulos por la compra del costurero, que no le hacia falta alguna, le dijo la señora Guibal, con su tono calmoso:

— Devolvedle. ¿No habeis visto qué fácil es? Dejad que se lo lleven á casa: allí lo veis unos dias, y cuando os fastidie, lo devolveis.

— ¡Buena idea! — dijo la de Marty. — Si mi marido me chilla mucho, lo devuelvo todo.

Con esta suprema excusa no se contuvo, y compró más, con la idea de guardarlo todo, porque no era de las mujeres que devuelven.

Llegaron al fin á los trajes. Cuando Dionisia fué á entregar á una de las oficiales el *foulard* de la señora Desforges, ésta pareció tener una idea, y dijo que se quedaria decididamente con uno de los abrigos de viaje; el gris claro con capuchon, y Dionisia tuvo

que esperar pacientemente para llevarla á las confecciones. La jóven comprendía que se trataba de humillarla, y se juró cumplir con su deber guardando su actitud correcta á pesar de que se rebelaban su corazón y su orgullo. La señora Desforges no compró nada en los trajes.

— Mamá — decía Valentina — este traje es de mi estatura.

Muy bajito explicaba la señora Guibal á la de Marty su táctica. Cuando la gustaba un traje en un almacén, lo tomaba para cortar un patron y luego lo devolvía. La de Marty compró el vestido para su hija, diciendo:

— ¡ Buena idea! Vos sois práctica, vos...

Hubo que abandonar la caja. Se quedó en la sección de muebles, junto al costurero. Los piés traseros de éste se hubieran roto con el peso de aquélla, y se creyó conveniente colocarlo todo en otra caja mayor que se bajaría al servicio de expediciones.

Aquellas señoras, siempre con Dionisia, vagabundearon. Se las volvió á ver en todas las secciones, en las escaleras y á lo largo de las galerías. Los encuentros, las detenciones á cada paso, como el de la señora Bourdelais y sus tres niños. Éstos iban cargados de paquetes: Magdalena un vestido para ella, Edmundo una colección de zapatitos, y Luciano llevaba en la cabeza un kópis nuevo.

— ¡ Tú también! — dijo riendo la de Desforges á su amiga de colegio.

— ¡ No me hables! — contestó la interpelada. — ¡ Estoy furiosa! Nos cogen por los niños. Ya sabes tú que yo no gasto para mí; pero ¿ cómo aguantar á esta tropa que todo lo quiere? He venido á pasearlos, y he desbalijado los almacenes.

Mouret, que estaba allí con el señor de Boves y Vallagnosc, la miró sonriendo. Ella le vió y se quejó dulcemente, pero realmente irritada en el fondo, de aquellos lazos tendidos á las madres. La idea de que había cedido al reclamo la sublevaba, y él, siempre inclinado, gozaba con su triunfo. El señor de Boves maniobró para acercarse á la señora de Guibal, á la que siguió, tratando de perderse de Vallagnosc; pero éste se cansó y no procuró juntarse á él. Dionisia se detuvo nuevamente para esperar á las señoras. Volvía la espalda, y el mismo Mouret afectaba no verla. La señora Desforges, con el delicado olfato de la mujer celosa, no dudó ya. Mientras él se acercaba políticamente á ella con la

galantería de amo de casa, ella pensaba en cómo le convencería de su perfidia.

El señor de Boves y Vallagnosc, que iban delante con la señora de Guibal, llegaron á la sección de encajes. Estaba cerca de las confecciones, en un lujoso salón con cajas de tiradores de pino tallado. Al rededor de las columnas, cubiertas de terciopelo rojo, subía un encaje blanco en espirales, y de un lado á otro de la pieza se tendían los guipures: sobre los mostradores, grandes cartones con valenciennes, malinas y punto de aguja. Las señoras se habían parado ante un trasparente de seda color malva, sobre el que Deloche colocaba chantillys que miraban en silencio, sin decidirse.

— ¡ Toma! — dijo Vallagnosc sorprendido. — ¿ Deciais que la señora Bourdelais estaba mala? Vedla allí con la señorita Blanca.

El Conde se sobresaltó, y mirando de reojo á la señora Guibal, — ¡ Es cierto! — dijo.

En el salón hacía calor, y las voces se unían en un murmullo confuso. Las compradoras se ahogaban y tenían los rostros pálidos y los ojos encendidos. Se diría que toda la seducción de los almacenes se concentraba allí, en aquel supremo lugar de perdición en que sucumbían las más fuertes entre los encajes. Se hundían las manos en las piezas, y quedaban temblando de embriaguez.

— Creo que estas señoras os arruinan — dijo Vallagnosc, contento por el encuentro.

El señor de Boves hizo el gesto del marido tanto más seguro de la razón de su mujer, cuanto que no la da un céntimo. La suya, después de recorrer las secciones con su hija sin comprar nada, cayó en la de encajes con la rabia del deseo no satisfecho. Á pesar de su cansancio se tenía de pié, y los millones de mercancías, aquellos objetos de *toilette* que deseaba y no podía llevar, la cegaban, la aturdíen. Largo rato permaneció entre la ola de compradoras que la estrujaban ante el mostrador. Mirando los encajes, se aflojaban sus brazos y sentía escalofríos. Bruscamente, al volver su hija la cabeza y alejarse el dependiente, quiso deslizarse bajo su abrigo una pieza de punto de Alenzon. Pero dudó y dejó la pieza al oír la voz de Vallagnosc, que decía alegremente:

— Os hemos sorprendido, señora.

Durante algunos instantes se quedó muda y pálida. Luego dijo que habiéndose sentido mejor, quería tomar el aire. Y notando

que su marido estaba con la de Guibal, se repuso en seguida, y les miró con aire tan digno, que aquélla creyó deber decir:

—Estaba con la señora Desforges cuando nos encontraron estos señores.

Llegaban las otras señoras. Mouret las había acompañado y las retuvo un instante para enseñarlas al inspector Jouve, que seguía vigilando á la mujer encinta y á su amigo. No podría creerse el número de ladronas que se detenían en los encajes. La señora de Boves, que le oía, se veía ya entre dos gendarmes, con sus cuarenta y cinco años, su lujo y su alta posición; pero sin sentir remordimientos, seguía creyendo que debió deslizar el retal en su manga. Jouve se decidió al fin á poner la mano sobre la mujer preñada, desesperando de cogerla en flagrante delito y sospechando que se hubiese llenado los bolsillos hábilmente. Pero cuando se la reconoció, no se la encontró ni una corbata, ni un botón. El amigo había desaparecido, y comprendió Jouve que la mujer iba para desorientarle, mientras el amigo robaba.

La historia entretuvo á las señoras. Mouret se contentó con decir, un poco amoscado:

—Jouve ha sido derrotado, pero él tomará su revancha.

—Yo creo —dijo Vallagnosc— que no es tan listo como parece. Pero ¿para qué exhibis tanto género? Os está bien empleado si os roban; no debe tentarse hasta tal punto á mujeres indefensas.

Esta fué la última palabra que sonó como la nota aguda del día en la fiebre creciente de los almacenes. Las señoras se separaban, dando la última vuelta á los mostradores. Eran las cuatro; los rayos del sol poniente entraban oblicuamente por las crujiás del edificio, haciendo brillar los cristales de las secciones, y en aquella claridad de incendio subía como un vapor dorado el polvo levantado desde por la mañana por el pisar del gentío. Una cascada de luz enfilaba la gran galería, cortando sobre fondo de llamas las escaleras, los pasadizos, todo aquel encaje de hierro suspendido. Los mosaicos y esmaltes de los frisos brillaban, y el verde y rojo de las pinturas ise encendían en fuego de oro. Era como una brasa viva en que ardían los escaparates, los armarios de guantes y corbatas, las cintas y encajes, las pilas de lanería y percales, los parterres en que estaban las sedas ligeras y los *foulards*. Los espejos resplandecían. La exposición de sombrillas despedía reflejos metálicos. Léjos, casi en la sombra, había aún más mostradores y secciones.

En aquella última hora, en medio del ambiente encendido, reinaban las mujeres. Habían tomado al asalto los almacenes, y campeaban como en país conquistado, como una horda instalada en aquel deshielo de mercancías. Los dependientes, fatigados, sólo eran cosas de que disponían como soberanas. Las gruesas empujaban á todo el mundo, y las delgadas se mostraban arrogantes. Todas estaban como en su casa, sin política las unas respecto á las otras, y usando de todo como si fuera suyo. La señora Bourdelais, como para compensar sus gastos, llevó de nuevo al *buffet* á sus niños. La cola se empujaba con la rabia del deseo. Las madres bebían Málaga; se habían consumido desde primera hora ochenta litros de jarabes y refrescos, y cincuenta de vinos. Después de comprar su abrigo de viaje, la señora Desforges se hizo regalar cromos en la caja, y se fué pensando en el medio de ver en su casa á Dionisia y humillarla en presencia de Mouret, para ver sus rostros y sacar deducciones ciertas. Por fin, mientras el señor de Boves acertaba á perderse y desaparecía con la señora de Guibal, la de Boves, seguida de Blanca y Vallagnosc, tuvo el capricho de pedir un globito, aunque no compró nada. Siempre sucedía lo mismo: no se iba sin nada, y tendría un amigo en el hijo de su portero. En el mostrador en que se daban, llevaban ya regalados cuarenta mil. ¡Cuarenta mil globitos que habían tomado vuelo en el aire cálido del almacén, como una nube de globos rojos que flotaban á aquella hora en todos los extremos de París, llevando al cielo el nombre de *La Dicha de las Damas!*

Dieron las cinco. De todas aquellas señoras sólo quedaba la de Marty en la crisis final de la venta. No podía irse, sostenida por tan fuertes lazos, que volvía sobre sus pasos, paseando por las secciones su curiosidad no satisfecha. Era la hora en que la gente, agobiada á reclamos, acababa de desconcertarse: los sesenta mil francos pagados por anuncios, los diez mil carteles pegados en las esquinas, los doscientos mil catálogos lanzados á la circulación, dejaban en los nervios femeniles la vacilación de la embriaguez después de vaciar sus bolsillos. Aun seguían sacudidas por las invenciones de Mouret: la baja de precios, las devoluciones, las galanterías á que sucumbía su carne flaca. La señora Marty se paraba ante las subastas en medio de los llamamientos de los dependientes, en el ruido de oro de las cajas y el rodar de los paquetes que caían al sótano; atravesaba una vez más la planta baja, la lencería, la seda, la guantería, la lanería; luego subía abandonán-

dose á la vibración metálica de las escaleras y los pasadizos, volviendo á las confecciones, á los encajes, y llegaba al piso segundo, á las alturas de las camas y los muebles; por todas partes estaban Hutin, Favier, Mignot, Lienard, Deloche, Paulina y Dionisia, con las piernas rendidas, haciendo un esfuerzo y logrando victorias sobre la última fiebre de las compradoras. Aquella fiebre habia aumentado poco á poco desde la mañana, como el olor que se exhalaba de las telas removidas. El gentío parecia arder bajo los rayos del sol poniente. La señora Marty tenía el rostro animado y nervioso de un niño que ha bebido vino puro. Con los ojos hundidos y la piel fresca por el frio de la calle, se habia quemado la vista y el color con el espectáculo de aquel lujo que irritaba su pasión. Cuando al fin se fué, diciendo que pagaria en su casa, aterrada por la cifra de su cuenta, tenía las facciones arrugadas y los ojos tristes de un enfermo. Tuvo que luchar para pasar el tropel de la puerta: allí se ahogaban. Luégo, cuando encontró en la acera á su hija que se habia perdido, se estremeció al aire libre, se quedó como azorada y desconcertada por aquella neurósís de los grandes bazares.

Por la noche, al volver Dionisia de comer, la llamó un mozo.

— Señorita, os llaman en la Direccion.

Habia olvidado la orden que Mouret le dió de presentarse en su despacho despues de la venta. La esperaba en pié. Al entrar Dionisia, dejó la puerta abierta.

— Estamos satisfechos de vos, señorita — dijo — y queremos hacéroslo ver... Ya sabeis de qué indigna manera nos ha dejado la señora Federica. Desde mañana la reemplazareis vos como segunda de la seccion.

Dionisia le oía inmóvil y absorta, y murmuró con la voz temblorosa:

— Pero... señor, hay en la seccion oficialas mucho más anti-guas que yo.

— ¿Y qué? — replicó Mauret. — Vos sois la más capaz y formal. Os he elegido y es natural. ¿No estais contenta?

Ella se ruborizó; era una dicha y confusión deliciosas en que se fundian sus primeros temores. ¿Cómo habia de soñar con favor tan inesperado? Esto la ponía confusa, á pesar del empuje de su reconocimiento. Él la miró sonriendo al verla con su vestido de seda sencillo, sin una joya, sin otro lujo que su majestuoso cabello rubio. Se habia aristocratizado: su piel era más blanca y el

aire más delicado y grave. Su insignificancia de otros tiempos era ahora un encanto de una discreción simpática.

— Sois muy bueno, señor — balbuceó — y no sé cómo deciros que...

Tenía la voz entrecortada. En el marco de la puerta estaba Lhomme de pié. Tenía en la mano sana un saco de cuero, y su brazo mutilado apretaba contra su pecho una cartera enorme. Su hijo Alberto llevaba á duras penas una carga de sacos.

— ¡Quinientos ochenta y siete mil doscientos diez francos treinta céntimos! — exclamó el cajero, cuyo rostro fofó y aviejado se iluminó con aquella cifra como con un rayo de sol.

Era la venta del día, la mayor que habia hecho *La Dicha*. Á lo lejos, en las profundidades del almacén, que Lhomme acababa de atravesar con la pesada marcha de un buey cargado, se oía el murmullo de gozo que habia dejado aquella enorme cifra al pasar.

— ¡Soberbio! — dijo Mouret encantado. — ¡Bravo Lhomme! Poned eso ahí; descansad, porque no podeis más. Haré llevar ese dinero á la caja central... Sí, todo sobre mi mesa; quiero ver ese monton.

Tenía una alegría infantil. El saco de cuero sonó á oro, y de dos sacos que se rompieron salieron arroyos de plata y cobre, mientras por los extremos de la cartera asomaban los billetes de Banco. Aquello cubrió un extremo del despacho; era como el estruendo de una fortuna hecha en diez horas.

Cuando Lhomme y Alberto se fueron, quedó Mouret con el rostro dilatado, inmóvil y con la vista en el dinero. Al levantar la cabeza vió á Dionisia que habia retrocedido. Sonrió y la obligó á avanzar, diciéndola que la daría todo lo que pudiese abarcar con la mano. Habia acentos de amor en el fondo de la broma.

— ¡Tomad del saco de cuero! Apuesto que no sacais mil francos... ¡Teneis la mano tan pequeña!

Pero ella palideció y retrocedió más. ¿Era que la amaba? Comprendió bruscamente, sintió la llama creciente de deseo que la envolvía desde su vuelta á las confecciones. ¿Por qué la humillaba con aquel dinero, cuando ella desbordaba de gratitud y la hubiese hecho desfallecer con una sola palabra amistosa? Se acercó más él, bromeando, cuando con gran disgusto suyo apareció Bourdoncle con pretexto de dar á conocer la cifra de entradas, que era la de setenta mil compradores venidos aquel día. Dionisia se apresuró á salir despues de dar de nuevo las gracias.